



BOLETIN DEL CLERO

DEL

OBISPADO DE LEON.

SECRETARIA DE CAMARA.

Continúa la suscripcion de la Diócesis de Leon en favor del Romano Pontífice.

	Reales.	Céts.
Suma anterior.	112.188	55
D. Julian Marcos, párroco de Morilla de los Oteros, por segunda vez.	30	
Un párroco de la Rivera de Gradefes.	23	
D. P. L., presbítero.	80	
Victorio Fidalgo, vecino de esta ciudad.	40	
El Párroco de Robles, por tercera vez.	40	
D. Leonardo Martin, párroco de Villanueva de Muñeca.	57	
Mariano Lopez, párroco de Santa María de Boadilla de Rio-seco, por segunda vez.	120	

D. Nicolás Rívero, capellan de las religiosas de Cuenca de Campos.	19
Máximo Costilla, párroco de Santa Marta de Cerecinos de Campos.	100
Alejandro Dominguez, Vicario de las Religiosas de Vega de la Serrana.	20
El Párroco de la villa de Almanza, el Beneficiado, los párrocos de Corcos, Cebanico, Villamorisca, Cabrera, Calaberas de Arriba, Calaberas de Abajo, y los Vicarios de Canalejas y Mondreganes.	100
D. Santiago Leon, párroco de Villacedré, por segunda vez.	20
Una feligresa de idem.	4
El Párroco de Quintana	

del Monte.	40
Los vecinos de Villafañe.	57
Total.:	112 938 55

Idem para los gastos de la Canonizacion del Beato Miguel de los Santos.

	Reales.	Céts.
Suma anterior.	5.274	41
D. Julian Marcos, párroco de Morilla de los Oteros.	10	
Nicolás Pardo, id. de Velilla de los Oteros	10	
Un Párroco de la Diócesis.	10	
El de Valdemora.	10	
El de Robles.	10	
El de Santa María de Boadilla de Rioseco.	20	
El de Sta. Marta de Cerecinos de Campos.	40	
El Párroco y Beneficiado de Almanza, los párrocos de Corcos, Cebanico, Villamorisca, Cabrera, Calaberas de Abajo, y de Arriba, y los Vicarios de Canalejas y Mondreganes.	25	
El Párroco de Villacedré.	10	
Un vecino de idem.	2	
Una feligresa de idem.	1	
El Párroco de Resoba.	38	
El de Membrillar y los vecinos.	54	
El Párroco de Quintana del Monte.	10	
Los vecinos de Villafañe.	19	
Total..	5.543	41

Idem para la Canonizacion de los 23 mártires del Japon.

	Reales.	Céts.
Suma anterior.	896	50
D. Julian Marcos, párroco de Morilla de los Oteros.	10	
Nicolás Pardo, id. de Velilla de los Oteros	100	
Santiago Gonzalez, vecino de idem.	4	
Luis Roldan, idem.	4	
Benito Lázaro, idem.	4	
Alonso Provecho id.	4	
Miguel Matagui, id.	2	
Manuel Matagui, id.	4	
Pedro Matagui, idem.	4	
Bernardo Gonzalez id.	2	
Cipriano Matagui, id.	4	
D. Fulgencio Alonso, párroco de Pobladora de los Oteros.	2	
El de Valdespino Ceron y sus feligreses.	46	25
Un Párroco de la Diócesis.	6	
El de Valdemora.	8	
El Vicario y vecinos de Solanilla y Villalboñe.	19	
El Párroco y feligreses de San Miguel de Montañan.	26	50
El Párroco de Robles.	10	
El Vicario de Matallana y sus feligreses.	13	
El Párroco de Sta. Maria de Boadilla de Rioseco.	20	
D. Elias Carreño, párroco de Castilfalé.	29	
El de Cerecinos de Campos.	40	
D. Alejandro Domínguez		

vicario de las religiosas de Vega de la Serrana.	10
El Párroco y Beneficiado de la villa de Al- manza, los párrocos de Corcos, Cebanico, Villamorisca, Cabrera, Calaberas de Arriba, Calaberas de Abajo, y los vicarios de Canalejas y Mondreganes.	25
D. Patricio Gomez de la Peña, párroco de Cubillas de los Oteros.	12
Santiago Leon, id. de Villacedré.	10
Elde Quintana del Monte	10
Los vecinos de Villafañe.	19
Total.	1.350 25

Leon 28 de Abril de 1862.—Miguél Zorita Arias, Secretario.

EL RECTOR Y CATEDRÁTICOS DEL SEMINARIO DE VALDERAS, AL REMITIR EL DONATIVO PARA S. S. QUE SE PUBLICÓ EN EL BOLETIN DE 10 DEL ACTUAL, DIRIGIERON Á S. E. I. LA EXPOSICION SIGUIENTE:

EXCMO. É ILMO. SR.:

El Rector y Catedráticos de vuestro Seminario Conciliar de San Mateo de Valderas al contemplar que arrecia cada dia mas la deshecha borrasca que há dos años azota furiosa la nave del Pescador, para alentar de alguna manera á Este sumamente atribulado entre el oleage de

una mar nunca mas embravecida que estos dias, bien así como para contrastar á la infernal vocería que, no el triunfo, sino la rábia y desesperación arrancan á unos cuantos descreidos; creen llegado el caso á fuer de católicos, Apostólicos Romanos y de Sacerdotes, hacer ante V. E. I. por que le servirá tambien de gran consuelo, una segunda y nueva protestacion de amor al mas afectuoso y amable de los padres, de gratitud al mas desinteresado y generoso de los bienhechores, de admiracion al mas paciente y sufridor Job del siglo XIX, de adhesion al mas necesario é importante de los Reyes y al mas calumniado, y al mas perseguido, y al mas fuerte y celoso defensor de los altos intereses del catolicismo que son los de la humanidad, nuestro Santisimo Padre el piadosísimo é inmortal Pio IX.

Esta adhesion, Excmo. Señor, á nuestro venerando Pontífice, que en otras circunstancias pudiera parecer extemporánea, tiene en la actualidad como no se le oculta á V. E. I. un doble objeto de la mayor importancia. Porque, ¿cuánto será el consuelo que derrame en el alma de aquel diestro Piloto, cuyos brazos no se cansarán de resistir á la vehemencia de toda tempestad, ver que en la católica España no se interrumpe el gemido en su favor junto al trono de las piedades? ¡Ah! Excmo. Señor, bien puede asegurarse

que el júbilo de Aquel subirá de punto, y que se enjugarán un tanto sus ojos cansados de verter lágrimas por los excesos del siglo mas descreido, cuando observe que, mientras la impiedad se dá á cazar alguna que otra inteligencia vendida á pasiones corrompidas, no ya los Sacerdotes sino tambien centenares de jóvenes que han preferido educarse en un colegio Tridentino, unen sus votos á los de los Maestros, y se imponen laudables privaciones, y añunan al de aquellos un óbolo de suma apreciacion. Por este medio protestan solemnemente así contra el impío y cínico descaro de los unos, como contra las malas artes é hipocresía de los otros que pretenden insensatos recabar una mancha del que no tiene ningun lunar.

Abrigamos para dicha nuestra, Excmo. Señor, la profunda conviccion propia de pechos católicos, de que cuanto mas cruda sea la guerra que al Pontifice Romano promuevan el error y las pasiones, tanto mas sensible será para la impiedad el desenlace de ella; como que no habrá conseguido ni lo esperaba tampoco, sino avigorar mas y mas los antiguos y robustos brios del catolicismo: y pues no está aun en el caso de crucificarle como Nerón, esperamos tranquilos que terminará por humillarse ante Él como Teodosio, ó por desaparecer bramando como Juliano, Venciste Galileo.

Besan respetuosamente el A. de V. E. I. sus humildes Capellanes, el Rector y Catedráticos, á la vez que los alumnos todos de este Seminario.

Valderas á 2 de Abril de 1862.
 =Matias de Santiago Guzman, Rector.=Modesto Bárcena.=José María Neira.=Simeon Palmero.=Antonio Campillo.=José García Rodríguez.

EL DOGMA

DE

LA RESURRECCION DE JESUCRISTO.

Con demostraciones de júbilo y entusiasmo, y testimonios inequívocos de la mas pura alegría, publican cielo y tierra, y la Iglesia celebra desde este dia, que Jesucristo resucitó, y despues de su muerte salió triunfante del Sepulcro. Este misterio augusto y sublime es la prueba invencible de todos los demas misterios, el fundamento de nuestra religion, la prenda segura de nuestra felicidad, la base de nuestra fé y el áncora de nuestra esperanza. Todo el Cristianismo estriba sobre esta verdad de fé: J. C. resucitó al tercer dia de entre los muertos. La impiedad, con su natural insensatez, niega locamente este dogma sacrosanto. En vano hieren sus ojos los rayos de la evidencia; en vano la historia opone un dique insuperable al torrente de sus blasfemias; en vano la autori-

dad viva de los monumentos la confunde. Empero, los sistemas de la impiedad, así como los delirios del error, y los fátuos cálculos de los enemigos de nuestra religión vienen á estrellarse en este misterio. Los Padres del Concilio general Constantinopolitano I á las últimas palabras del artículo quinto del Símbolo de los Apóstoles, que dice, *tertia die resurrexit á mortuis*, añadieron estas otras *secundum Scripturas*. En verdad ¿qué de luces no derramó Dios en las Escrituras para disponer al pueblo bendito y de elección á la creencia de este pasmoso acontecimiento?...

Consultemos los libros Santos. El Leon de Judá (*Gen. 49. v. 9. Joan. 10. v. 18.*), que se duerme y despierta de suyo y cuando quiere ¿no denotaba admirablemente á aquel que ha podido dar su vida y volverla á tomar á su arbitrio? Isaac, aquel hijo de bendición, que sobrevivió á su sacrificio; y que después de haber tenido todo el mérito de una muerte misteriosa, vino á ser el tronco de una familia tan numerosa como las estrellas del cielo (*Gen. 15. v. 5.*), y de todo el pueblo de los creyentes, ¿no nos figuraba á Jesucristo resucitado? El grano arrojado en la tierra (*Joan. 12. v. 24. S. Aug. sup. hunc loc.*) que muere para revivir, y que halla en la misma muerte el principio de la fecundidad más abundante; y Jonás, sepultado tres días en el vien-

tre del monstruo marino (*Jonæ 2. v. 7. y 11. v. 14.*), y que sale vivo de ella para predicar penitencia á Ninive, ¿no son la figura más expresiva de J. C. muerto, sepultado y resucitado al tercero día, y que después instruye á sus discípulos en las maravillas del Reino de Dios, y les envía á convertir todo el universo? ¿No predijo David que Dios no permitiría que su Santo viese la corrupción, ni que dejase su alma en el infierno (*Ps. 15. v. 10.*), cuya profecía debe entenderse de J. C., según la reflexión del Príncipe de los Apóstoles, referida en el capítulo segundo de los Hechos Apostólicos? ¿Ni cómo se pudieran concordar los caracteres del Mesías, que nos pintan los Profetas, sin su Resurrección gloriosa? ¿Cómo se ha de componer lo que han dicho de sus humillaciones y su gloria? En su vida mortal es un arbusto que apenas sale de una tierra seca (*Is. 53.*), y en la gloria de su Resurrección es aquel árbol grande, cuya sombra y protección hacen la esperanza de todas las naciones. En aquella es herido y humillado; en esta se le reconoce por Rey de la gloria. Con razón el Divino Salvador á los discípulos que iban al Castillo de Emaus, y dudaban de su resurrección los llamaba necios, y tardos de corazón para creer lo que los Profetas habían escrito de él (*Luc. 24. v. 25.*), y á fin de vencerles de esta maravilla, empe-

zando por Moisés, y siguiendo despues todos los profetas, les explica lo que se habia dicho de él en todas las Escrituras del Antiguo Testamento.

No son menos decisivos los testimonios del Nuevo cerca de la Resurreccion del Salvador. Una de las primeras instrucciones que el Divino Maestro dió á sus discípulos declara espresamente, que habia de resucitar tres dias despues de su muerte; y aun se aplica á probarles la necesidad de esta resurreccion (*Math. 16. v. 21.*) Nosotros, les dice en otra ocasion, segun refiere San Lucas, (*c. 18. v. 31.*), subimos á Jerusalem, y allí se van á consumir todas las cosas que están escritas por los Profetas del hijo del hombre. (*Math. 20. v. 18.*) Espirará en la ignominia del patíbulo, á la violencia de la muerte mas cruel; pero él resucitará al tercero dia. Esta generacion perversa é incrédula pide milagros para adherirse á mí y seguirme; pero no se le dará, ni será otro que el de mi Resurreccion, figurada en la salida de Jonás del vientre de la ballena, despues de tres dias. Asi se esplicó Jesus, hablando de los judios (*Joan. c. 2. v. 19. Math. c. 12.*) Deshaçed este templo de mi cuerpo, les decia tambien, que yo le reedificaré en tres dias. En la noche grande de la cena dijo á sus Apóstoles, despues de haberles hablado acerca de su pasion, como refiere San Marcos

(*c. 14. v. 28.*) Luego que yo hubiere resucitado iré antes que vosotros á Galilea. En fin, si Jesus dá vista al ciego de nacimiento, si cura al leproso, si se transfigura en el Tabor, si multiplica el pan en el desierto para alimentar las turbas, ejecuta con tal precaucion todas estas maravillas, que impone á sus discípulos el mas rigoroso silencio hasta que haya resucitado.

A fin de convencer aun mas claramente á sus discípulos de la verdad de su resurreccion, y ponerles en estado de convencer á otros, apenas resucitó cuando se apareció á María Magdalena (*Marc. 16 v. 9.*) á las mugeres Santas (*Math. 28. v. 9.*), á los discípulos que iban á Emaus (*Luc. 24. v. 13.*), á Simon Pedro (*ibid v. 34.*), á los once Apóstoles y á los que estaban con ellos (*Marc. 16. v. 14.*), y en fin, en una sola vez á mas de quinientos discípulos (*Luc. 24. v. 36.*).

Esto hizo J. C. para manifestar á sus Apóstoles que verdaderamente habia resucitado. Por eso se les apareció, no durante las tinieblas de la noche, en que la imaginacion ofuscada suele personificar los fantasmas, sino de dia claro, esparciendo rayos de luz, mas refulgente que el astro de la mañana. La aparicion es en los sitios mas públicos, y en diferentes lugares: en el huerto donde estaba el Sepulcro, en el camino de Emaus, en el Cenáculo, á las orillas del Lago de Genezaret,

y sobre una montaña de Galilea. Se aparece, no de un modo rápido y fugaz, que no deja vestigio alguno. Su resurrección no fué aparente, como la de los huesos áridos reanimados á la voz de Ezequiel en el campo de Sanaar (*Ezeq. c. 37.*); no dudosa como la de Samuel á la Pitonisa de Eudom, por mandato de Saul; no para volver á morir, como el hijo de la viuda de Naim, Lázaro, y la hija del Archisinaogo Jairo. La resurrección de Jesucristo fué real, constante, verdadera. Por espacio de cuarenta días habló con sus discípulos, comió en su compañía, se dejó palpar de ellos, y les mostró las cicatrices de sus llagas, señales sagradas de nuestra redención.

Desde entonces no dudaron mas los Apóstoles que su Divino Maestro real y verdaderamente habia resucitado. Con el mayor esfuerzo, dice San Lucas (*Actor. 4. v. 33.*), daban testimonio de la resurrección de J. C. Cuando tratan de la elección de un digno cooperador de su ministerio en lugar de Judas prevaricador, la cabeza del Colegio apostólico no dá otra razón sino que era necesario un nuevo testigo de la resurrección (*Actor. cap. 1.*) Este misterio soberano fué el asunto principal de la predicación de San Pedro en el templo de Jerusalem. «Habeis dado la muerte, dice, (*ib. 3. v. 15.*) al autor de la vida; pero Dios le ha resucitado, y así

«lo certificamos nosotros.» La misma doctrina inculcó á Cornelio delante de una numerosa plebe, (*ib. 10. v. 40*) y en su primera carta á los judios recién convertidos, y dispersos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Bithinia y otras regiones del Asia menor. (*S. Pet. c. 1. v. 3*) Leyendo los escritos del Doctor de las Naciones vemos que el fundamento de su doctrina y de su misión es el gran misterio de la resurrección de J. C. Escribiendo á Timoteo le dice que se acuerde que J. C. resucitó de entre los muertos (*Ep. 2.ª ad Timoth. c. 2. v. 8*). A los de Corinto decía (*1.ª c. 15. v. 4*): Yo os anuncio mi evangelio, que contiene las dos verdades mas importantes, á saber, que J. C. murió por nuestros pecados, y resucitó al tercero dia, segun las Escrituras. En el capítulo quinto de la misma carta escribía: «Si no es cierta la resurrección de J. C., es vana vuestra fé, pues que vuestros pecados aun no están perdonados. Mas no dudeis, hermanos míos, que J. C. ha resucitado de entre los muertos, y ha venido á ser las primicias de los que duermen.» En fin, si Jerusalem, Atenas, Efeso, Antioquia, Alejandria, la Grecia, la Sicilia, España y otras regiones ven desde la predicación del Evangelio adoradores de Cristo, es porque los Apóstoles predicaron en ellas la resurrección gloriosa de Jesus.

A unas pruebas tan sólidas, y convincentes de este dogma sacrosanto ¿qué tienen que oponer los incrédulos, los impíos y libertinos? ¡Oh! Los ciegan la ignorancia y la malicia, apelando á los tristes recursos que les suministran los judios. Empero, el ódio del fariseismo, y seduceismo, la incredulidad de Tomás, y cuanto intentaron los pérfidos judios, se convierte contra ellos, y son otros tantos testimonios de la resurreccion, que se atreven á negar. Díganos si no de qué sirvieron cuantas precauciones se adoptaron para custodiar en el Sepulcro el cadáver de nuestro Redentor. Acérquense al monumento nuevo en que lo pusieron. ¿Qué ven, qué registran allí?... El Sepulcro abierto, la tumba vacía, los guardas puestos en fuga, los ángeles que se aparecen adornados con cándidas vestiduras... ¿Qué dicen á todo esto?... ¿Qué? Delirios, necedad, locura. Lo han robado. Esto dicen. La Sinagoga, como prueba San Justino en su Diálogo con Trifon, hizo circular esta patraña. Pero ¿quién le robó? Los discípulos, responden. ¿Los discípulos? Los discípulos, que pocas horas antes habian huido cobardemente? ¿Que no se atrevían ni aun á dejarse ver de los enemigos de su maestro? ¿Unos hombres tan tímidos, que los dispersa el miedo, y que uno de ellos no tuvo reparo en negarle hasta tres veces solo á la voz de una muger?... Aque-

llos, que aturdidos con la muerte de su Maestro no sabian qué pensar de él y de sus promesas, y ni aun pueden ocultar en este punto sus temores é incertidumbres ¿habian de trasformarse de repente en hombres intrépidos, arrostrar los peligros durante las tinieblas de la noche, embestir y dispersar á los soldados romanos? Y si estos sufrieron semejante violencia ¿qué hicieron entonces los centinelas? Estaban dormidos, contestan. Por ventura ¿tan descuidados eran que no hubiese algunos vigilantes? Y si fué así ¿cómo saben lo que pasaba durante su profundo sueño? ¡Qué obcecacion, qué demencia, qué extravagancia! Se engañó á sí misma la iniquidad. Necios se han hecho los Príncipes Thamneos, desfallecieron ya los de Memphis para engañar á Egipto en sus insipientes consejos, dice Isaías (*cap. 19.*). Cumpliósese el vaticinio de David: meditaron unos consejos que no pudieron establecer (*Ps. 20.*). Es preciso afirmar con San Agustin que el inventor de esta fábula estuviese mas dormido que los mismos testigos que produce.

Crean, por tanto, los impíos este misterio, que llama San Ambrosio (*Lib. de Jose c. 13.*) el primero y mas grande fundamento de nuestra fé, y escede á los demas de J. C. en gloria y esplendor, como el sol á las estrellas, segun el simil del Nacianceno (*Orat. in Pasch.*). Presten á esta verdad el homenaje

debido de reconocimiento y amor: no vacilen: venzan ese falso rubor, que reliene acaso cautiva la verdad. En medio de un mundo impío es donde debe haber valor para no serlo. Estén prevenidos como los católicos para evitar las seducciones de una vana falacia. Enmudezcan los labios mentirosos, que hablaron contra el justo iniquidad con mentira y abusión (Ps. 30. v. 19.). Digan todos los fieles hijos de la Iglesia con el entusiasmo del Rey Profeta: mi corazón y mi carne se alegran en Dios vivo, que verdaderamente resucitó de entre los muertos.

LA CRUZ.

Este instrumento de suplicio entre los asirios, egipcios, hebreos, persas, griegos, latinos y cartagineses no siempre tuvo la misma forma. En un principio no era más que una simple estaca: después se le añadió un trozo de madera transversal colocado unas veces en lo alto de la estaca, otras más abajo ó ya en su centro y en forma de X lo que se llama cruz de San Andrés.

La manera de sujetar en ella á los criminales no era siempre la misma: tan pronto se les amarraba vivos con cuerdas sobre una cruz plantada de antemano; tan pronto se los clavaba por los pies y por las manos sobre una cruz tendida en tier-

ra y que en seguida se levanta con el paciente. En este último caso solo un clavo servía algunas veces para fijar los dos pies, que es lo que tuvo lugar con nuestro Señor Jesucristo, según lo más probable, no obstante que muchos pintores y escultores le representan con cuatro clavos.

Los griegos y los romanos dejaban los ajusticiados suspendidos de la cruz, hasta que sus cuerpos caían hechos pedazos por la podredumbre. Los judíos les bajaban de la cruz á la aproximación de la noche, después de haber roto los huesos de los que no habían enteramente muerto: con ellos enterraban los diferentes objetos que habían servido para su ejecución.

Constantino abolió el suplicio de la cruz en todo el imperio, y la Iglesia adoptó entonces diferentes clases de cruces: la que se lleva delante del Santo Padre en las ocasiones solemnes tiene tres barras transversales; la de los Arzobispos no tiene más que dos; la de los Obispos una sola; la cruz griega se compone de cuatro brazos iguales; la latina tiene uno más largo que otro; y la de San Andrés consta de dos ramas iguales en forma de aspa.

La verdadera cruz de Jesucristo fué descubierta por Santa Elena, madre de Constantino, en los cimientos que por orden de aquella soberana, se abrían en el Calvario

para la construcción de una iglesia. Una mitad de la verdadera cruz permaneció en aquel templo; la otra mitad fué enviada á Constantino con los clavos, que sujetaron al Crucificado.

Del hierro de estos clavos se forjó la visera del casco del Emperador, de cuyo cerco está construida la famosa corona de hierro de Milan, que ciñeron Carlo-Magno y Napoleon I. Parte del madero de la verdadera cruz se depositó en una estatua del Emperador elevada en Constantinopla; «para proteger por aquel nuevo Palladium la soberbia ciudad que habia fundado.»

Su Santidad celebró el día 7 del corriente un Consistorio secreto en el palacio apostólico del Vaticano, y en la alocucion que al abrirlo pronunció, manifestó su deseo de incluir en el catálogo de los santos á los tres beatos japoneses de la Compañía de Jesús, Pablo Miki, Juan Soan y Diego Kisai, que, igualmente que los 23 beatos del orden de menores de San Francisco, sufrieron gloriosamente el martirio por Jesucristo.

Su Excelencia el Cardenal Patrizi, como prefecto de la congregacion de Sagrados Ritos, hizo una breve relacion de la causa relativa á dichos santos mártires que perecieron por la exaltacion de la fe en 5 de Febrero de 1597, dando cuenta de los tormentos que sufrieron, de la causa del martirio y de los prodigios obrados por Dios para manifestar su gloria, á fin de que en un negocio tan importante pudieran los eminentísimos Cardenales expresar su opi-

nion con pleno conocimiento de causa. Terminada la relacion, Su Santidad preguntó á los Cardenales si eran de opinion de que podia procederse al rito solemne de la canonizacion de los tres beatificados, y aquellos por su orden fueron contestando con la palabra *placet*.

Entónces el Santo Padre dijo que su voluntad era proceder á la canonizacion de estos bienaventurados, al propio tiempo que á la de los otros que fueron proclamados en el Consistorio de 23 de Diciembre.

Su Santidad añadió que antes de tan solemnes ceremonias, celebrará los Consistorios que se acostumbra en tales ocasiones, y que los dias en que hayan de tener lugar, se noticiarán en tiempo y lugar oportunos.

En seguida propuso Su Santidad las siguientes sillas apostólicas:

Para la patriarcal de Venecia á monseñor Trevisenato, promovido de la Udine.

Para la arzobispal de Santo Domingo, en la isla de este nombre, dominios de S. M. Católica, á D. BIENVENIDO MONZON y MARTIN, Sacerdote de la diócesis de Teruel, Canónigo lectoral de la metropolitana de Toledo, profesor de Sagrada Escritura en aquel seminario, examinador sinodal y doctor en sagrada teología.

Para la iglesia arzobispal de Nicea *in partibus infidelium* para monseñor Berardi, Prelado doméstico de Su Santidad.

Para la iglesia catedral de Le Mans, en Francia, para monseñor Fillion, trasladado de la silla de Saint-Claude.

Para la iglesia catedral de Saint-Briene, en Francia, al reverendo David, Sacerdote de Lyon y vicario general en Valence.

Para la iglesia catedral de Gap, en

Francia, al reverendo Bernardou, arcediano de Alby.

Para la iglesia catedral de Saint-Claude, en Francia, al reverendo Negret, de la diócesis de Vannes.

Para la iglesia catedral de Basse Terre, en las isla de Guadalupe, en las Antillas, al reverendo Botonnet, de la diócesis de Rhodéz.

Para la iglesia catedral de Badajoz al reverendo D. PANTALEON MONSER-RAT, de la diócesis de Zaragoza, Canónigo penitenciario en aquella santa iglesia metropolitana, juez eclesiástico, examinador sinodal y licenciado en sagrados Cánones.

Para la iglesia de Puno, erigida recientemente catedral por Su Santidad en el Perú, al reverendo D. Mariano Chacon y Becerra, de la diócesis de Cusco.

Para la iglesia episcopal de Niza, *in partibus infidelium*, á monseñor Fresler, de la diócesis de Bressanone.

Para la iglesia episcopal de Carre, *in partibus infidelium*, á monseñor Katschker, arcediano de Olmutz.

Para la iglesia episcopal de Pancade, *in partibus infidelium*, al reverendo Eberhard, sacerdote de Treveris.

Para la iglesia episcopal de Druspu-ra, *in partibus infidelium*, al reverendo D. José Antonio de la Peña, de la diócesis de Mechoacan.

Para la iglesia episcopal de Marcopoli, *in partibus infidelium*, al reverendo D. Ignacio Mateo Guerra, de la diócesis de Guadalajara en Méjico.

Para la iglesia episcopal de Troade, *in partibus infidelium*, al reverendo D. José María Díez de Solano, diócesis de Mechoacan.

Para la iglesia arzobispal de Smirna en la Anatolia, á monseñor Spaccapietra trasladado de la iglesia de Amira *in partibus infidelium*.

Por último, se hizo al Padre Santo

la instancia del sagrado pálio para la iglesia metropolitana de Smirna, hallándose presente el Arzobispo electo, y luego, por medio de los respectivos procuradores, para la iglesia patriarcal de Venecia y la arzobispal de Santo Domingo.

AL TODO PODEROSO.

*Laudate Dominum de cœlis
Laudate eum in excelsis.*

SALM. CXLVIII.

Señor, cuan admirable
se muestra tu grandeza
en tantas maravillas,
que ostentas por doquier.....!
Al contemplar su cúmulo
de espléndida belleza,
estasiada el alma
alaba tu poder.

Alábate el magnífico
espejo de los cielos,
que á tu infinita Esencia
sirven de pedestal:
Alábante los astros,
que en remolino eterno
girando, nos predicán
tu excelsa Magestad.

El Angel y el Arcangel,
los Tronos y el Querube,
las fuertes Potestades
y el bello Serafin
con armonioso cántico
en refulgente nube
tu santo nombre alaban,
veñeránlo sin fin.

Te alaba, cuando nace,
la sonrosada aurora,
que los espacios baña
de nacar y zafir:
Alábate el lumínico
flúido, que decora
tan magestuoso cuadro
del Cénit al Nadir.

El Aquilon, que ruga,
la tempestad, que brama,
el trueno horrisonante,
el rayo destructor,
la lluvia y el granizo
tu gran poder proclaman,
la escarcha y el rocío,
el frio y el calor.

Airado estas, y el mundo
retiembla en sus cimientos,
desquicianse los montes,
se abre horrido volcan;
te aplacas, y al instante
ceden los Elementos,
el Iris aparece,
se humilla el huracan:

Y en misteriosas lenguas
de gratitud movidas
todas las criaturas
te dan adoracion:
Te adoran las campiñas
de rico fruto henchidas;
te adoran los desiertos
en su árida estension:

El horroroso abismo
te adora, y el excelso
monte, que entre las nubes
coloca su altivez:

de nieve, que le adorna,
te adora el manto terso,
te adoran sus cascadas
de hermosa nitidez.

Te adora del torrente
el bullicioso estrépito;
te adora el manso arroyo,
que dá vida al vergel:
Los rios y los lagos
y el Oceano férvido
te adoran y los seres,
que cubre su dosel.

Las bestias y las aves
te adoran á porfía,
príncipes y naciones
veneran tu poder,
y en todo el universo
con mística armonía
esta sublime endecha
se escucha por doquier:

Señor, tu eres el solo
entre los santos Santo,
los cielos y la tierra
llena tu Magestad;
gloria á tí en las alturas
con incesante canto,
y aquí paz á los hombres
de buena voluntad.

B. S.